

EL MUNDIAL DE FÚTBOL BAJO LA MIRADA DE UN CREYENTE



JONATHAN ANDRÉS RÚA PENAGOS
Gimnasta y teólogo antioqueño.
Investigador y docente vinculado a la Fundación
Universitaria Luis Amigó de Colombia

¿Cómo hablar del amor de Dios a los atletas y a todos
aquellos que están inmersos en el ámbito deportivo?
Desde la Teología del Deporte, el autor expone aquí
los retos que plantea a los creyentes el Mundial
de Fútbol 2014 que está a punto de inaugurarse en Brasil.



Dios también juega

EL CREYENTE ANTE EL MUNDO DE HOY

El año pasado, **Gustavo Gutiérrez** y el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el cardenal **Gerhard Ludwig Müller**, publicaron el libro *Del lado de los pobres*. *Teología de la liberación* (San Pablo, 2013). Este diálogo entre un teólogo latinoamericano y otro europeo rescata, una vez más, la pregunta: ¿cómo anunciar al pobre el amor de Dios? Y es que, aunque los contextos son diferentes y ambos continentes hayan caminado históricamente por procesos que podrían alejarlos, en términos de sus experiencias hay algo que queda claro: hoy más que nunca la Iglesia se preocupa por el pobre, pues es un dilema social que permanece a pesar de los cambios mundiales.

A este reto se le suman los cambios sociales, culturales, políticos y económicos actuales, esto es, lo que algunos llaman *postmodernidad*. Sin discutir el término, lo que aparece a nuestra vista –y más a la de nuestros amigos de otros continentes– es que pareciera que, en algunos sectores de la humanidad, la seguridad de la modernidad va cediendo ante lo pasajero, lo líquido, lo relativo; se va sometiendo a modelos de relaciones económicas cada vez más agresivas, que son avaladas por las políticas de gobiernos que muchas veces excluyen y opacan la presencia del pobre en sus territorios.

Por otro lado, el pluralismo religioso va siendo tan evidente, incluso en países en donde el catolicismo ha estado tan arraigado en la cultura, que surgen movimientos, por un lado, “ultraconservadores” y, por el otro, “ultraprogresistas”, que desdibujan un poco el equilibrio fruto de una espiritualidad evangélica, encarnada y liberadora. Este hecho impone como reto convivir con el otro de una manera

tranquila, reconociendo la diferencia en la unidad de un espíritu de amor.

El mundo contemporáneo trae consigo, además, otros retos, como la revolución tecnológica, el “descuido” de sí, la crisis ambiental, la subvaloración de poblaciones excluidas socialmente –afrodescendientes, indígenas, LGBTI (lesbianas, gais, bisexuales, transexuales e intersexuales), víctimas de conflictos armados–, entre otros. Y es allí donde cabe preguntarse: ¿cuál es el papel de quienes experimentan a Dios en su vida cotidiana, en ese contexto de cambio, diferencia, exclusión y esperanza?

EL DEPORTE COMO RETO CONTEMPORÁNEO

En el año 2012, se celebró en São Leopoldo (Brasil) un Congreso Continental de Teología. Allí, **Juan Carlos Scannone** lideró el taller sobre *Teología, cultura e interculturalidad*. En ese espacio se evidenció que el ser humano, con su hacer, re-crea el mundo y lo llena de significado; de ahí que tienda a cultivarse y a cultivar lo que le rodea. La cultura, asociada a los estilos de vida de los pueblos, debe

ser humanizada, lo que implica una liberación integral de todos aquellos elementos presentes en ella, que oprimen al hombre y a la mujer y al mundo.

La cultura posee muchas manifestaciones y, en un mundo de cambios, ha surgido una práctica que ha cobrado gran relevancia en la sociedad: el deporte. Ya lo dice bien la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, reunida en Aparecida en el año 2007: “En la cultura actual, surgen nuevos campos misioneros y pastorales que se abren. Uno de ellos es, sin duda, la pastoral del turismo y del entretenimiento, que tiene un campo inmenso de realización en los clubes, en los deportes, salas de cine, centros comerciales y otras opciones que a diario llaman la atención y piden ser evangelizadas” (*Documento de Aparecida*, nº 493).

De esta manera, las construcciones humanas son grandes retos para el creyente de hoy, y para efectos de esta reflexión, el deporte es uno de ellos. Ahora bien, cabe aclarar que en la cotidianidad hablamos de deporte de una manera muy general. Por eso, en el uso coloquial, consideramos deporte el salir a caminar, ir a un centro de entrenamiento físico o incluso trotar con la mascota; sin embargo, en términos más técnicos, deporte constituye una realidad con unas características precisas que lo diferencian del ocio, la educación física y el ejercicio.

El fenómeno deportivo es una actividad humana, que surge en la modernidad y cuyo objetivo es la competencia o rendimiento de los atletas. A través de sus normas, exige a sus participantes máximos niveles de esfuerzo haciendo uso de tecnologías de última generación; incluso, en muchos casos, derivando en consecuencias que vulneran la dignidad de los deportistas. Debe a su nivel de aceptación,



el deporte se ha visto envuelto en una dinámica de lucha de poderes e intereses económicos que pareciera que sin estos componentes fuese imposible su definición. La relación deporte-economía-política es tan estrecha que los objetivos educativos y lúdicos que muchos defienden se ven opacados en la utilización del mismo para intereses inhumanos. Es por esa razón que no todo lo que llamamos deporte lo es. La mejor forma de identificar lo que se conoce técnicamente como deporte es poner como punto de referencia los Juegos Olímpicos o un Mundial de Fútbol.

EL DISCURSO TEOLÓGICO SOBRE EL DEPORTE

Teniendo como punto de partida la pregunta por el interés de los creyentes en el mundo contemporáneo y el surgimiento del deporte como fenómeno de la cultura, algunos teólogos colombianos hemos intentado humanizar dicho contexto a la luz de la fe. Ese intento de humanización ha tenido varios frentes, pero uno de los más fuertes es la Teología del Deporte.

El discurso teológico sobre el deporte es una reflexión a posteriori sobre la experiencia trascendental del ser humano, que se dirige hacia el Misterio sagrado y que está circunscrita a un contexto histórico deportivo. Lo anterior significa que la teología es un hablar sobre Dios a partir de la experiencia que el hombre tiene de Él, pero hay un detalle, y es que a esa experiencia se le suma otra: la inmersión en un contexto específico, en un ámbito deportivo. Por eso, el hombre, al experimentar su cotidianidad en una relación con Dios



y con el deporte, empieza a relacionar ambas realidades y a hacerse preguntas como: ¿de qué manera se hace presente Dios en el deporte? ¿Es posible hablar del amor de Dios a los atletas y a todos aquellos que viven esta experiencia deportiva? ¿Es congruente la práctica deportiva con los valores evangélicos? ¿Cómo humanizar aquellas prácticas que en el deporte vulneran al ser humano y lo esclavizan? ¿Cuál es la relación entre la Iglesia y el deporte?

La Teología del Deporte es una reflexión cuyo punto de partida es la experiencia de fe del sujeto, que no se aleja de la historia y del mundo. Por eso, los humanos que buscan iluminar los retos contemporáneos se ven también avocados a una práctica cuya influencia puede, incluso, paralizar a toda una comunidad en torno a un partido de fútbol, por ejemplo.

Los intentos por establecer relaciones entre la fe y las prácticas motrices son antiguos. El deporte moderno tiene sus orígenes en la Grecia antigua, donde se celebraban ya los Juegos Olímpicos en honor a los dioses. Ellos constituyan todo un ritual religioso en donde participaban muchos atletas provenientes de las distintas ciudades estado. Con la expansión de la cultura helenista por Medio Oriente, dichas prácticas se instauraron, incluso, en tierra de **Jesús**, lo cual no era muy

bien visto por muchos judíos, pues esas actividades eran consideradas como idolátricas.

Las competencias atléticas de la época antigua eran conocidas por los primeros cristianos; san **Pablo** es un claro ejemplo de ello. Él alude frecuentemente a la lucha y a la carrera (cf. 1 Tm 6, 12; 1 Cor 9, 24-27), y lo hace para mostrar de manera analógica que la vida del cristiano es una lucha y una carrera por alcanzar lo que los atletas buscan, pero en un plano espiritual y superior. Estos vestigios dan cuenta de dos elementos que, de alguna manera, han estado siempre presentes en la vida del creyente y que poco han sido vislumbrados: la fe y las prácticas motrices.

Con la victoria del Imperio romano sobre la civilización griega, las competencias helénicas fueron conservadas en algunos lugares y transformadas en otros. Las que llaman particularmente la atención por la carga histórica y simbólica que tiene para el cristianismo son las luchas en el Coliseo romano. En este lugar de combate eran condenados a muerte los cristianos que confesaban su fe. Su castigo, por contradecir las creencias del Imperio, era luchar contra las fieras salvajes hasta ser devorados por ellas. El estadio era entonces un lugar de martirio, donde las personas se deleitaban viendo la sangre de los primeros cristianos. Con esto, se evidenciaba cómo podía permitirse que se asesinara a alguien y considerar dicha práctica como loable y ser aceptada socialmente.

Estos hechos fueron motivo de muchos pronunciamientos por parte de los Padres de la Iglesia, quienes se manifestaron en contra de tales actividades e incluso prohibían a los cristianos frequentar todo aquello que fuera espectáculo o juegos competitivos,



por considerarlos un culto a la persona e idolatría. Por eso, en el siglo IV d. C., cuando el cristianismo se convierte en la religión oficial del Imperio, gran parte de los juegos y espectáculos se prohíben. Solo se permiten aquellos que posibilitan la salud del pueblo y prácticas higiénicas.

Con este corto recorrido histórico, lo que se pretende es evidenciar que la relación entre los ejercicios competitivos y la vida de fe de los pueblos siempre ha estado presente, y esto puede hacerse extensivo hasta nuestros días.

Entre los grandes temas abordados por la Teología del Deporte, figuran: la sistematización y fundamentación epistemológica del discurso teológico del deporte, reflexiones sobre el deporte a la luz de la Sagrada Escritura, la relación entre la cultura deportiva y la Iglesia, la espiritualidad deportiva, la pastoral del deporte, la educación física y la religión, y el deporte en el magisterio pontificio reciente. Precisamente, este último aspecto podría ser de gran interés para los lectores, por lo que, en las páginas siguientes, se explorará la visión que los magisterios de **Benedicto XVI** y **Francisco** tienen sobre el deporte contemporáneo.

EL DEPORTE BAJO LA MIRADA DEL MAGISTERIO RECIENTE

El papa Benedicto XVI y sus intervenciones sobre el deporte

El pontificado de Benedicto XVI transcurrió entre el 19 de abril de 2005 y el 28 de febrero de 2013, casi ocho años. Su renuncia tomó por sorpresa a todo el mundo, pues con ella marcó un antecedente nunca antes visto en la historia reciente de la Iglesia. Durante este período, fueron varias las intervenciones, en su magisterio ordinario, que hacían alusión al deporte; en su gran mayoría eran dirigidas a grupos deportivos específicos o a jóvenes. Recordemos algunas de ellas.

■ Una de sus primeras intervenciones tuvo lugar el 21 de septiembre de 2005, en presencia de una delegación del Comité Ejecutivo de la Unión de Federaciones de Fútbol Europeas (UEFA) y de la Federación Italiana de Fútbol. El contexto fue una audiencia general, en donde destinó unos segundos a

saludar a estas instituciones. Aunque fue una intervención muy corta, se destaca en ella la importancia del deporte y se advierte que, de ser practicado de manera adecuada, podría ser un sobresaliente agente educativo, promotor de valores humanos y espirituales y de buenas relaciones entre los pueblos.

■ El 29 de noviembre del mismo año, dirige un mensaje al cardenal **Severino Poletto**, arzobispo de Turín, donde hace referencia a la XX edición de los Juegos Olímpicos de Invierno. En sus palabras muestra que la luz de Jesús de Nazaret ilumina todos los aspectos de la vida, incluido el deporte, cuyos valores deben ser purificados. Los Juegos Olímpicos, para los cristianos –recuerda el Papa–, son una oportunidad para reflexionar en la lucha por la solidaridad entre los hombres y la construcción permanente de la paz.

■ Casi cuatro años más tarde, el 1 de agosto de 2009, Benedicto XVI pronuncia lo que sería uno de sus discursos más extensos sobre el deporte. Lo hace ante una delegación de participantes en los Campeonatos Mundiales de Natación. El discurso se inicia con un saludo a todos los asistentes al encuentro, reconociendo que el deporte es un espectáculo de valores para el mundo de hoy en donde las metas se alcanzan con sacrificios y duros entrenamientos.

Los ejercicios competitivos –según el Pontífice– sirven a los seres humanos para formarse físicamente;

y no solo eso: también promueven la educación en valores, que dan cuenta de un crecimiento personal y del establecimiento de las buenas relaciones sociales. Sin duda, Dios es el artífice de todas estas maravillas, Él es el creador del cuerpo humano, de su armonía y posibilidades, a Él debe agradecerse.

Insiste el Papa en que la Iglesia reconoce en el deporte no un fin, sino un medio para la formación. Afirma que la Biblia, en sus referencias al deporte, se constituye en una metáfora de la vida para alcanzar ideales éticos y educativos del ser humano. Por eso, los atletas son ejemplo para el mundo y buscarán ser campeones en la vida. Debido al impacto de los medios de comunicación, su ejemplo se expande en toda la sociedad.

Por último, el obispo de Roma saluda a los deportistas en sus diferentes lenguas, invitándolos a tener una actitud de ayuda a los demás, formación integral de niños y jóvenes, disciplina, belleza y ejercicio de la voluntad.

El discurso del Papa no se aleja mucho de la tradición magisterial de los pontífices anteriores, quienes, en su gran mayoría, presentan el deporte como un entrenamiento para el sacrificio y el esfuerzo, una práctica ascética; además, como una escuela de valores que, con su ejemplo, se torna educativa, sobre todo para los jóvenes. Otro elemento importante es el énfasis sobre la recuperación de la ética en las prácticas deportivas que la gran mayoría de los discursos tiene.



En el año 2004, el papa **Juan Pablo II** había instituido la sección Iglesia y Deporte en el Consejo Pontificio para los Laicos. Desde que se creó esta oficina, se han realizado en Roma tres seminarios internacionales que dan cuenta del tema que abordamos en esta reflexión. El primero de ellos llevó por título *El mundo del deporte hoy: campo de compromiso cristiano* (2005); el segundo, *El deporte: un desafío educativo y pastoral* (2007); y el tercero, *Deporte, educación y fe: para una nueva etapa del movimiento deportivo católico* (2009).

Con esos antecedentes, el papa Benedicto pronunció un discurso al inicio del seminario de 2009. Comienza citando la declaración *Gravissimum Educationis* del Concilio Vaticano II, donde se incluye al deporte como una estrategia para la formación de los seres humanos. Para que esto sea así, debe ser practicado con un alto sentido ético y dirigido por personas cualificadas y competentes, lo que constituye un elemento novedoso en los discursos que hemos interpretado hasta ahora. La Iglesia valora la competencia en sus aspectos positivos, pero se opone a aquellas prácticas que causan daño al organismo.

■ El último discurso que enunciamos, quedando muchos por explorar, es el que presentó a un grupo de profesores italianos de esquí el 15 de noviembre de 2010. Este discurso es de gran relevancia, sobre todo para quienes investigan la relación entre el deporte y el medio ambiente. Pocas veces se



tocan estos temas en la Teología del Deporte y, por ello, las palabras de Benedicto XVI son un gran impulso para trabajarlo. El Pontífice sabe de la importancia de la relación entre el deporte y el medio ambiente, ya que aquél se desenvuelve en un contexto abierto, natural. La naturaleza –afirma– es creada por Dios y, como tal, debe ser respetada y cuidada por todos los seres humanos, y más por los atletas, quienes corren el riesgo de utilizarla como un instrumento o producto más. Y es que es verdad que muchos deportes que se desenvuelven en ambientes naturales generan en el medio ambiente efectos irreversibles que afectan al ecosistema y no generan restricciones o políticas de responsabilidad social ante estos hechos. La invitación de Benedicto XVI está dirigida a que los atletas, como hijos de Dios, reconozcan en su práctica que el lugar donde se ejercitan merece ser preservado y cuidado.



El papa Francisco y su afinidad hacia el fútbol

El papa Francisco inició su pontificado el 13 de marzo de 2013, hace ya más de un año. Durante todo este tiempo, ha hecho alusión, al menos en tres de sus discursos, al fenómeno deportivo moderno.

■ Quizá la primera vez que lo hizo fue el 27 de julio del año pasado, en la vigilia de oración con los jóvenes con ocasión de la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro. En ese momento, invitó a los jóvenes a ser discípulos y misioneros de Jesús a ejemplo de san **Francisco de Asís**; y utilizó tres imágenes para mostrar de qué manera los jóvenes, atletas de Cristo, eran un campo de fe.

En la primera imagen, el campo significa el lugar donde se siembra, es Dios el sembrador que deja su Palabra en los corazones de los hombres y les corresponde a ellos permitir que dé frutos abundantes. El campo también es –y este es el segundo sentido– un lugar que se construye permanentemente. Esta construcción, que empieza por cada uno, se hace junto a otros, no en soledad; la Iglesia se construye a sí misma y Jesús es su fundamento.

La tercera imagen que utiliza el Papa es la de un campo como lugar de entrenamiento. La invitación es a que jueguen en el mismo equipo de Jesús. En el fútbol, por ejemplo, jugar para un equipo requiere entrenarse muy duro. Citando a san Pablo en 1 Cor 9, 25, muestra que lo que Jesús ofrece, más que una Copa del Mundo, es una vida feliz, fecunda y eterna. Esto requiere una forma física, si se quiere, en el sentido de estar preparados para afrontar los retos que la contemporaneidad exige. Este entrenamiento del cristiano tiene grandes momentos como la oración, es decir, la comunicación con Jesús de Nazaret, sin temores o prevenciones. Además, entrenarse significa experimentar los sacramentos y vivir en función del otro, amar a los demás, servirles. De esa manera, se sudará la camiseta y se pateará hacia adelante.

■ Un mes más tarde, el 13 de agosto del mismo año, el Papa se reunió con componentes de las delegaciones de las selecciones nacionales de fútbol de

Italia y Argentina. Todos conocemos la cercanía que tiene el obispo de Roma con el fútbol, y en su intervención esto no se ocultó. El discurso que pronunció estaba destinado a los futbolistas y a los dirigentes deportivos. A los primeros les habló sobre la responsabilidad social del atleta. El deporte promueve valores como la belleza, la gratuidad, el compañerismo, la lealtad, el respeto, el altruismo y la paz; y, en medio de ese contexto, hay que ser ejemplo en el terreno de juego y en la vida cotidiana. Al ser referente para muchas personas, en especial para los niños, es prudente que sean congruentes en su vida, para sembrar el bien en aquellos que los observan.

Hay dos llamamientos adicionales que el papa Francisco les hace a los futbolistas. Deben recordar siempre que, aunque el equipo sea profesional, nunca deben olvidar su vocación, ser *amateurs* y contribuir así al bien de la sociedad. Esto significa que no necesariamente la profesionalización de los deportes deriva en el disfrute y goce de los atletas. De esta manera, es importante no perder el sentido auténtico que la práctica tiene; no es el rendimiento lo más importante. El otro requerimiento tiene que ver con tener siempre en cuenta que, aunque los atletas sean campeones, nunca dejarán de ser hombres. Esto es un llamamiento a la humildad. El deporte no forma campeones, esa no es la meta; lo ideal es formar humanos integrales y vivir los valores que la práctica motriz genera en la vida de los hombres y mujeres.

A los dirigentes deportivos les exhorta a vivir el deporte auténtico. Manifiesta que el fútbol no debe perder su esencia,

pues se ha convertido en un negocio. Si se vive el deporte como un “don de Dios, una oportunidad para hacer fructificar sus talentos, pero también una responsabilidad”, se convertiría en un antídoto contra la discriminación y la violencia en los estadios.

■ El discurso más reciente del Papa sobre el deporte fue el 23 de noviembre de 2013, dirigido a los Comités Olímpicos Europeos. Entonces, reconocía que la relación entre la Iglesia y el deporte se consolida a través del tiempo; y es que, como hemos visto en párrafos anteriores, este vínculo siempre ha existido, incluso antes de la configuración moderna del fenómeno competitivo. El deporte es –afirma Francisco– un instrumento para el desarrollo de las personas y la fraternidad social que promueve muchos valores: entre ellos, están el espíritu de sacrificio, la amistad, el respeto a las normas, la superación personal y la lealtad. De ahí que sea menester que, desde el deporte, como lenguaje universal que unifica a los pueblos, se promuevan dichos valores, tanto deportivos como religiosos, en procura de la paz y la unión.

En medio de su discurso, y tras reconocer las bondades del deporte, que se centran fundamentalmente en los valores que podría promover, hace una serie de afirmaciones que –a mi modo de ver– ocupan un lugar central en su intervención. Dice el Papa que, cuando el deporte viene considerado únicamente en conformidad a los parámetros económicos o de persecución de la victoria a toda costa, se corre el peligro de reducir a los atletas a una mera mercancía lucrativa.

Los mismos atletas entran en un mecanismo que los arrastra, pierden el verdadero sentido de su actividad, esa alegría de jugar que les atraía de niños y que les empujó a hacer tantos sacrificios para convertirse en campeones.

El deporte es armonía, pero si prevalece una búsqueda desmedida del dinero y del éxito, esta armonía se interrumpe.

Todo lo anterior es la antesala para desarrollar lo que consideramos los grandes retos para el Mundial de Fútbol que está a punto de arrancar. Todos ellos enmarcados en una visión del deporte que puede ser cuestionada, replanteada, criticada o enriquecida.

RETOS PARA EL MUNDIAL DE FÚTBOL BRASIL 2014

Hasta el momento, hemos mostrado cómo los cristianos tienen ante sus ojos un gran reto social: el deporte como manifestación de la cultura. Tanto es así que, tradicionalmente, ya se ha construido conocimiento en relación con este tema. Además, los pronunciamientos de los papas han sido sugerentes a la hora de mostrar la relevancia de las prácticas competitivas, sus posibilidades y riesgos.

Ahora nos ocupa el evento deportivo más importante del mundo después de los Juegos Olímpicos, el Mundial de Fútbol organizado por la Federación Internacional de este deporte. Entre el 12 de junio y el 13 de julio del presente año, el mundo entero se paralizará para observar lo que se considera uno de los eventos de mayor cobertura televisiva y con mayor rentabilidad económica del planeta.

El papel del creyente en este tipo de eventos consiste en aportar su granito de arena, desde su lugar de trabajo, estudio o cotidianidad, para humanizar y evangelizar dicho contexto. Es así que, desde nuestra percepción –que no pretende ser la última palabra sobre este asunto–, es importante estar atentos a la presunta actitud acrítica de los espectadores de los eventos deportivos, la utilización de los atletas como máquinas de producción de medallas, la inversión de dineros públicos en eventos de organizaciones privadas, el “maquillaje” de las ciudades durante los megaeventos, la posible explotación





laboral en la construcción de estructuras deportivas y la lucha de poderes de las potencias mundiales. Desarrollemos un poco esto:

■ **Actitud acrítica de los espectadores ante los eventos deportivos.** Para nadie es un misterio que lo último a lo que un espectador va al estadio es a mirar con sospecha lo que allí sucede. Y bueno, no es un pecado disfrutar de los eventos deportivos. Ya el Magisterio ha mostrado las bondades de estas prácticas. En medio de esto, lo que sí es cierto es que el deporte goza de una imagen social tan positiva que hemos olvidado estar atentos a cualquier acción que pueda vulnerar la dignidad de los humanos y el valor de la naturaleza en dichos contextos. Dicho de otro modo, y como diríamos en nuestra cultura popular: “¿De eso tan bueno si dan tanto?”. Recordemos que, en la antigüedad, los cristianos eran asesinados en los estadios, y que los espectadores, llevados seguramente por una euforia colectiva, consentían esos comportamientos y no tenían problema alguno con ello. De esa forma, muchas personas fueron víctimas de un sistema competitivo que era aceptado socialmente y que excluía a las personas que pensaban diferente. En medio de eso, se levantaban voces de protesta, que ponían en evidencia lo perjudicial de esos eventos para la vida de los cristianos: la vida estaba en juego.

Sin ser anacrónicos, lo que queremos resaltar en este punto es que podrían estar ocurriendo cosas en el contexto deportivo moderno –como mostraremos más adelante– que pasan desapercibidas por nuestro interés, muchas veces egoísta, de gozar a costa del sufrimiento de los otros.

Goce que, en la mayoría de los casos, es inconsciente, pero no por ello menos real.

Propuesta: asumir una postura crítica y una actitud atenta durante los eventos deportivos para prevenir que allí acontezcan prácticas inhumanas.

■ **La utilización de los atletas como máquinas de producción.** Si hay algo que criticamos del sistema deportivo moderno es la reducción del ser humano a una máquina de producción de medallas, dinero o prestigio. Y es que pareciera que un atleta valga solo por la posibilidad que tiene de ganar o hacer que su equipo obtenga un lugar privilegiado en el pódium. Vale la pena mencionar en este punto, por ejemplo, la gran tristeza nacional en que desembocó el hecho de que **Radamel Falcao** fuera lesionado por el jugador **Soner Ertek**. La tristeza no era, precisamente, porque un ser humano padeciera dolor y sufrimiento, sino porque la selección de fútbol de Colombia podría perder de su nómina a uno de los mejores jugadores del mundo, cuya habilidad daría ventaja al equipo, que actualmente ocupa el cuarto lugar en el ranking de la FIFA a nivel mundial. Esto es un claro ejemplo de cómo, socialmente, y más administrativamente, los deportistas son considerados como una máquina cuya formación debe privilegiar los aspectos técnicos y tácticos más que la educación integral, por la cual aboga la Iglesia en favor de los atletas.

Solo los atletas saben lo que tienen que pasar para lograr las metas que se proponen. Ellos disfrutan de sus prácticas, son felices, se esperanzan, luchan, se recrean; pero lo que no conocemos son los días de dolor y

sufrimiento que podrían pasar por la cantidad de lesiones que genera el deporte de alto rendimiento y la posibilidad de ser maltratados física y psicológicamente por sus entrenadores para que logren mejorar sus marcas. Se dice que el deporte sirve para la formación en valores de las personas, pero ¿qué pasa cuando ese no es el interés prioritario del mundo deportivo?

Propuesta: reconocer al deportista como sumamente valioso, independientemente de su producción de medallas; de esa manera, se luchará por la defensa de sus derechos y la promoción de su salud.

■ **La inversión de dineros públicos en eventos de organizaciones privadas.** Uno de los grandes escándalos sociales que ha generado la celebración, no solo del Mundial del Fútbol sino de los Juegos Olímpicos, en un país como Brasil, es que el Estado es quien debe asumir los costos que implica la realización de esos megaeventos. Y por más que se diga que ese costo será retribuido por la gran cantidad de turistas que visitarán las ciudades sede, la verdad es que los beneficiarios de dicha “inyección” de dinero serán las grandes cadenas hoteleras, el turismo, las agencias de viaje y demás instituciones que venden servicios para la comodidad de los visitantes. Y eso no es que sea malo, pero lo que en el fondo cabe preguntarse es si la FIFA es una organización privada, tan privada como lo son el Mundial de Fútbol y los Juegos Olímpicos, ¿por qué no es la empresa privada quien financia el costo de los mismos? ¿Es verdad que se privilegia lo social con la inversión estatal de grandes cantidades de dinero a eventos privados? ¿Mejorarán la

salud, la educación, la vivienda o la movilidad la realización de eventos así en las ciudades? ¿Estaremos ante un despilfarro de los dineros públicos en pro de la búsqueda de prestigio? ¿Cómo es posible que, si se invierten dineros públicos para construir estadios, la gente común no pueda acceder a ellos por el sobrecoste de las entradas? Cada uno de ustedes juzgará por sí mismo.

Propuesta: los dineros públicos deben ser invertidos en obras que beneficien a la mayor cantidad posible de personas. Los ciudadanos, si quieren que se privilegie la satisfacción de sus necesidades básicas, deberán luchar para que sus impuestos no sean derrachados en eventos privados.

■ El “maquillaje” de las ciudades durante los megaeventos. Las ciudades siempre quieren estar bonitas y organizadas para que los visitantes se lleven una buena impresión de ellas. Pero, ¿cuál es el costo que tienen que pagar las clases populares ante esto? La militarización de las ciudades, la desaparición de grupos “indeseables” para la sociedad en las llamadas “limpiezas sociales”, la donación de dinero para que se pinten las fachadas de las casas, la proliferación de albergues para habitantes de la calle o, en el peor de los casos, la exclusión de los mismos hacia las periferias son prácticas que podrían ocurrir para “maquillar” las ciudades ante la organización de megaeventos. Muchos medios de comunicación, incluso, se hacen cómplices a la hora de esconder las crisis sociales presentes en las ciudades, para dar paso a los partidos de fútbol, de tal manera que quede la impresión de que “nada está pasando aquí”. Los casos aislados y las protestas de movimientos sociales son reprimidos crudamente por la policía, que desea mantener el orden en las ciudades. Y no es sano generalizar, pero es bueno que los cristianos estemos atentos ante cualquier síntoma que nos muestre que los pobres y los dilemas sociales de las ciudades están siendo escondidos para quedar bien donde muchas veces las cosas no marchan como se espera.

Propuesta: la denuncia profética de todas estas prácticas debe ser una constante en la vida del cristiano. El pan y el circo no puede seguir



siendo una consigna para vender a las élites políticas y económicas los bienes públicos.

■ La posible explotación laboral en la construcción de estructuras deportivas. Se han escuchado voces de protesta, por parte de grupos sindicales y de trabajadores, que denuncian la explotación laboral que sufren los trabajadores a manos de los organizadores de los eventos deportivos. La Iglesia católica apoya con su doctrina social la defensa de los derechos de la persona humana y, en particular, los derechos de los trabajadores. En ese sentido, es menester asegurar que las personas que trabajan en la construcción de estadios e infraestructuras deportivas reciban no solo el salario que merecen, sino todas las garantías prestacionales que su labor implica.

Propuesta: el cristiano deberá acompañar de cerca los procesos de contratación que se están firmando y velar para que los derechos de los trabajadores sean respetados.

■ La lucha de poderes de las potencias mundiales. El deporte moderno, si se mira con cuidado, podría ser una estrategia geopolítica más, desvinculada realmente de intereses sociales y altruistas. Lo que nos lleva a formular esta hipótesis –que quizá parezca un poco exagerada– es la lectura que hacemos al ver los países que organizan los megaeventos deportivos y ganan la mayor cantidad de medallas en ellos. Los que ocupan, en la mayoría de los casos, los primeros lugares son, al mismo tiempo, quienes tienen lugares privilegiados en el mapa político mundial. Y es que solo un país llamado del “primer” mundo podría darse el lujo de utilizar grandes cantidades de dinero en la preparación de un deportista, que es sumamente

costosa, y en la organización de eventos como un Mundial de Fútbol o unos Juegos Olímpicos. De ahí que el hecho de que Brasil organice ambos eventos de manera seguida hace que le esté diciendo al mundo que se está perfilando como una de las potencias emergentes en el contexto de América Latina y, por qué no, del mundo. Este tipo de cosas están enmarcadas en la lucha de poderes para ejercer el control y el dominio sobre las poblaciones y, al parecer, poco importa allí si se privilegia o no una intención altruista. ¿Es acaso la promoción de los valores a través del deporte una excusa para justificar la inversión de dineros públicos en eventos y espectáculos?

Propuesta: los estados deben priorizar las obras sociales, no de manera asistencialista, sino como estrategia para que las personas encuentren la manera de vivir como su dignidad lo exige. Esto implicará competir, no para ser el más poderoso, sino para reducir los índices de pobreza y exclusión en los territorios.

CONCLUSIÓN

El panorama anterior parece muy desolador, pero, en el fondo, lo que se pretende mostrar con ello es que el Mundial de Fútbol –y, más allá de él, el deporte moderno– debe ser analizado en profundidad, visto con más cuidado, de tal manera que su práctica sea, efectivamente, lo que se pregoná de él. De no ser así, es tarea del cristiano, por su compromiso con el Evangelio, desvelar las estructuras de muerte que allí se esconden, verlas a la luz del Evangelio y actuar de modo tal que se humanice dicho contexto y podamos decir que es Dios el que reina en el deporte, y no la fama, el dinero o el poder.



PERDONAR... ¿HASTA DÓNDE?

Paul Dominique Marcovits

Cómo podemos perdonar de verdad? ¿Cómo experimentar realmente el gozo del perdón? Para un cristiano el perdón no es producto del voluntarismo ni del sentimiento. Es el resultado de un proceso -a veces largo- en el que Dios actúa en nosotros.

Pág.: 76
P.V.P.: 8,00 €

EL PECADO ORIGINAL

Fe cristiana, mito y metafísica

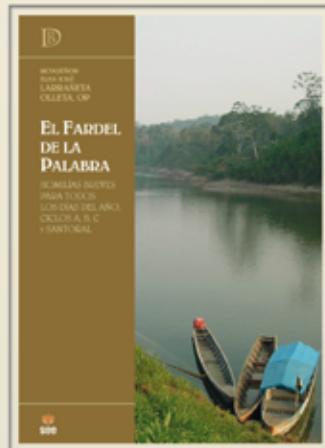
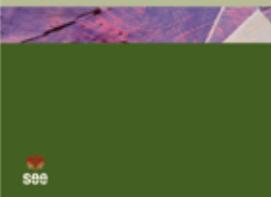
Jean-Michel Maldamé

Maldamé, teólogo francés experto en las relaciones fe y ciencia, revisa en profundidad el significado de esta cuestión tan importante como difícil de presentar en la transmisión de la fe.

Pág.: 386
P.V.P.: 24,00 €

El pecado original
Fe cristiana, mito y metafísica

Jean-Michel Maldamé



EL FARDEL DE LA PALABRA

Homilías para todos los días del año

Mons. Larrañeta

Una guía para quienes cada día meditan o comentan la Palabra de Dios. Homilías breves para todos los días del año. Palabras que saben aunar profundidad evangélica y sentido común.

Pág.: 644
P.V.P.: 36,00 €

PRÓXIMA APARICIÓN

POR UNA IGLESIA SERVIDORA Y POBRE. YVES CONGAR



Un libro para entender la agenda del Papa Francisco.

Una propuesta para la Iglesia del tercer milenio

1963. En el Concilio Vaticano II la Iglesia católica se miraba en el espejo del evangelio. El dominico francés Yves Congar publicaba un pequeño libro a modo de manifiesto para la renovación de la Iglesia.

Congar propone una Iglesia que busque servir y no dominar. Que tenga palabras de acogida y no de condena. Que abra las puertas a toda la humanidad y no sólo a los creyentes.

Cincuenta años después el jesuita argentino Jorge Mario Bergoglio, convertido en el Papa Francisco, pone este proyecto en el centro de su pontificado.

El marco teológico del pontificado del Papa Francisco